

Federico, el maniático obsesivo...



A treinta y cinco kilómetros de casa, me relajo y empiezo a gozar mis vacaciones. El tránsito está denso en ambas direcciones. Medito en quiénes sentirán mayor felicidad, si aquellos que van cargados de ilusiones, o aquellos que vuelven, habiendo concretado su deseo.

Por el rabillo de mi ojo, noto que Federico está muy ansioso, le transpiran sus manos, aprieta los labios y exagera su tic de cerrar el ojo derecho. Algo le pasa y no es simplemente la tensión de manejar. Tartamudea al hablar. Creo imaginarme cual es la causa de su problema, pero prefiero no preguntarle. Me quedo en silencio, aguardando el momento que inevitablemente ocurrirá.

- *Creo, creo, creo, creo... que no cerré... la llave del gas... – me dice preocupado, confirmando mis angustias y temores.*

Volvemos. De nada sirvió asegurarle que yo me había cerciorado de todo, antes de cerrar nuestro departamento. Intento mantener la paz, a toda costa. Y el gas, estaba perfectamente cerrado...

Treinta y cinco kilómetros de ida y otros treinta y cinco, de vuelta. Reiniciamos las vacaciones con setenta kilómetros acumulados y dos horas de atraso, zigzagueando entre el denso tráfico. En la ruta nuevamente y luego de pagar el primer peaje, recomienza con sus interminables dudas:

- *Creo, creo... que dejé enchufado el secador de cabellos y encima, funcionando. Se puede...incendiar la casa – me dice, sumamente angustiado y temblando como una frágil hoja.*

Estallo. No soporto seguir ignorando o tolerando sus téticas manías. Su enfermiza obsesión, está logrando destruir nuestras ansiadas vacaciones. Y mi vida. No estoy dispuesta a persistir en sus extravíos, ni a calmarlo con promesas. La discusión en aumento, nos obliga a detenernos a un costado del camino...

Estacionados y sin hablarnos, su cabeza es una enloquecida maquina de pensar y pensar. Suma frenético la cantidad de kilómetros que recorrimos, los eleva al cubo y luego, le saca la raíz cuadrada. Al resultado, lo resta de la cantidad de kilómetros que faltan al destino y calcula el logaritmo. Repite y repite la misma operación, para cerciorarse si hay algún error. Y no conforme, saca una calculadora del bolsillo y verifica resultados. Una y otra vez...

Le arrebato la calculadora y amenazo con destruísela. Tiembla como un niño. A cambio, le entrego un papel higiénico y un jabón sin uso, que desesperadamente aprisiona entre los dedos de sus manos. Se calma lentamente, agotándose la duda parásita que lo carcome, en

repeticiones esporádicas, cada vez menos intensas... Otra vez, el viejo ardid me ha dado resultado y podemos continuar el viaje. Mi paciencia, es simplemente impotencia y desesperación, que intentan disfrazarse de virtud.



Maneja acariciando el rollo de papel y clavando sus uñas, en la superficie del jabón. Por ahora está calmado, aunque cansado y temeroso que las dudas grises y los negros escrúpulos, lo asalten nuevamente...

Estas crisis, las presenta por períodos. Una semana antes, en una salida al cine y a cenar, decidimos tomarnos vacaciones. Eso, lo puso demasiado tenso y su carácter, comenzó a cambiar. Mientras observo pasar el bello paisaje costero por la ventanilla, hago un balance de mi vida al lado de él.

Esa misma noche en que nos decidimos a viajar, volvió a sus viejos y agobiantes rituales. En la alcoba, antes de acostarnos, midió con un nivel y una plomada, que los cuadros estuvieran perfectamente alineados. Y lo hizo varias veces. La ropa que se sacaba y colocaba en el perchero, no debía tener la más mínima arruga. Diez minutos, alisándola. La hebilla del cinturón, no debía apuntar al cielo. El reloj de pulsera, no debía apoyarse sobre la cómoda si la aguja mayor estaba en el tres, en el siete o en el once... Temía que si no lo hacía así, nos ocurriría una terrible desgracia...

La semana que restaba de trabajo, fue un duro calvario para él y para mí. Su horario de ingreso era a las ocho, pero se levantaba a las cinco de la mañana y luego de la ducha y de vestirse, se probaba todas sus corbatas, una tras otra y sin poder decidirse.

Encender el auto a la mañana, resultaba todo una odisea durante esa angustiante e interminable semana. Necesitaba controlar y controlar que las luces funcionasen, para lo cual daba vueltas y más vueltas, alrededor de su auto.

Se levantaba a la cinco de la mañana – despertándome también a mí -, pero fue sancionado en su trabajo por llegar reiteradas veces tarde. Terminó entrando a su trabajo, agotado de repetir y repetir los ritos... luego de la hora nueve.

Mantuvimos relaciones sexuales en la cama, pero me parecía estar con otra persona. El juego y fantasía sexual que alocadamente me proponía, parecía un combate o una pelea, donde el vencedor castraría a su víctima. El único interés que parecía demostrar, era el de no perder.

Convivimos, desde hace muchos años. Al principio, me enojaba y resentía ante estas crisis, hasta que por el bien de la pareja me sumé a sus rituales y lo tranquilicé con mis promesas, buscando comprenderlo, ya que no dudo de mi amor por él. Cuando Federico está relajado y no hay problemas en casa o el trabajo, resulta sumamente agradable convivir con él.

Su manía, la comparo con los fuegos de artificios. Su cerebro, parece bombardeado por ideas o sentimientos agresivos, que surgen desde lo más profundo de su alma y a los que no puede aislar, ni controlar. Pensamientos irracionales e ilógicos que se le imponen incoercibles y en su afán de contenerlos, acude a ritos simbólicos y mágicos procurando contenerlos, conjurarlos, calmando solo parcialmente su desbocada ansiedad. Y aún a esa pequeñísima victoria la alcanza, al precio de complicarse y enredarse todavía más y más, pues a esas estúpidas reglas y formalidades, debe repetirlas infinidad de veces.

Su moral es estricta habitualmente, pero se vuelve tiránica en las crisis. Es el dueño absoluto de su propia esclavitud... Carece de ganas, permanece desorientado y totalmente fatigado. Su cerebro en esos días, le funciona demasiado mal y poco...

Cuando lo conocí, me enamoré de "algunas cositas de él", que me parecían adorables. Su seriedad, su "flema", su altivez y sus gestos controlados, alternaban con la timidez de un niño. Algunos tics y el tartamudeo al declararme su amor, despertaron mi instinto maternal.

La primera vez que algo sospeché, fue viajando en el metro. Súbitamente, me exigió que nos bajáramos antes de lo previsto y me contó de su problema. Cada vez que tenía un policía cerca, lo asaltaba el impulso de arrebatarle el arma y le costaba demasiado, controlarse.

Una vez casada, lo más pesado no fue soportarle su meticulosidad en el orden, ni su afán maniático por la limpieza. Su avaricia lo llevaba a mezquinarme y controlar hasta el último centavo, en un afán de vigilarlo todo, que resultaba hasta ridículo y patético. Aunque a mi madre esa capacidad de ahorro le parecía una virtud, yo no la soportaba. Y si no fuese porque ambos trabajábamos, aportándole dinero a nuestro hogar, me hubiese sido imposible el continuar juntos. Desde el inicio, lo soporté y soporto, mascullando en silencio mi dolor.

Me exige que comamos, comprando solamente ofertas de supermercados. Pretendió que le mostrase el ticket de cada compra, pero hasta ahí llegó mi amor y lo frené. Pero así como es avaro en casa, en la fiesta parroquial me sorprendió con una generosa donación.

No es contradicción, como puede parecer a simple vista. Poco a poco y sola, comprendí que esa manía de limpieza, formaba parte del mismo placer que le producía el convivir con la mugre... pero que él a sí mismo, se prohibía tolerarla. Su preocupación por mostrarse bien educado y pulcro en el lenguaje, es contracara del mismo placer que le daba el utilizar las palabrotas y los improperios... y que él mismo se prohibía. Su respeto por toda autoridad, forma parte del placer de contrariarla, pero disfrazada con ironías y sarcasmos.

Lo que le da placer y su lucha por reprimir ese placer, sumado a los ritos y conjuros, es el combate sin cuartel que se desarrolla en su cabeza y no lo deja en paz. Una vez le analicé

su firma con una grafóloga amiga: sobresalían los rasgos sumamente agresivos, aunque fuertemente controlados...

Muchas veces pensé en ponerle fin y remedio a todo esto. Le insistí y traté de convencerlo, que lo mejor sería que acudiese a un psicólogo. El se resistió y lo desecho de plano, alegando que no tenía problemas psicológicos...y que en todo caso su problema, solo era moral y que sus simples e inocentes manías, carecían de importancia...

Fin